

MOISES VINCENZI
Y LA SOLEDAD DEL ESCRITOR COSTARRICENSE

Alberto F. Cañas

Siento la obligación de dejar constando aquí —especie de preámbulo— el escrípulo y la duda con que me dispongo a ocupar el sillón académico que Moisés Vincenzi honró. Si pequeños son mis merecimientos para ingresar a esta corporación augusta, esa pequeñez se hace más ostensible cuando se les compara con los de aquél cuya vacante se me ha designado para llenar.

El contraste es entre el profesional y el aficionado: entre el metódico y el improvisador; entre el que dedicó su vida al estudio, y el que —impulsado por otros vendavales— no ha podido hacerlo en la dimensión que lo habría querido; entre quien puso su pluma al servicio de la cultura, de la enseñanza y de la edificación de sus conciudadanos, y quien declara —antes de que otros lo declaren por él— que la ha dedicado, en su mayor parte, a la más efímera y superficial de las labores periodísticas.

Si bien los hombres tenemos alguna ingerencia en la determinación de lo que somos, y aún de lo que queremos, ella se nos niega en la de aquello que alcanzamos. Y la forma y condiciones en que yo he alcanzado este honor, son las más apropiadas para agudizar en mí un sentimiento de humildad que el conocimiento propio me tiene ya bien acomodado.

Vengo a ocupar la silla de un hombre fecundo, silencioso y solitario. Si la soledad, como se ha afirmado, es condición ineludible del creador, el aforismo cobra mayor vida cuando se le encaja a la sociedad costarricense. Y aún la adquiere más grande si lo aplicamos a la figura de Moisés Vincenzi.

Se dijo de él que padecía la soledad de las águilas. Alguna vez, en la intimidad de una conversación, expresó su inconformidad ante la divulgación muy escasa que alcanzaba la parte más ambiciosa de su obra. Pero es que el filósofo, al disponerse a serlo, renuncia —al menos en la civilización que vivimos— a los halagos de la popularidad. Influye sobre la sociedad de manera trascendente, pero lo consigue por medios indirectos, al través de lo que la selecta minoría de sus lectores o prosélitos pueda a su vez influir más tarde. Es la suya, así, influencia interpósita, pero no por ello menos innegable. Lo terrible no es para el filósofo que no se le comprenda, pues para ello está preparado. Lo terrible es que aquellos que no le comprenden, ni tienen la disciplina o el entrenamiento necesarios para comprenderle, hagan mofa de él y de sus obras. Y es que hay dos clases de snobismo: el de quienes dan por necesariamente bueno y admirable lo que no logran entender, y el de los otros —muy frecuentes aquí— que prefieren disimular su incomprensión o su torpeza, desdeñando a gritos la obra que se les escapa, o haciendo chistes sobre ella y sobre su autor.

Los primeros días creadores de Moisés Vincenzi estuvieron frecuentemente salpicados por actitudes así. Admitamos que con el tiempo se le llegó a respetar. Y que incluso los que nunca lo leyeron, tal vez porque el instinto les indicaba que hacerlo no era ocupación liviana para ratos de hamaca, terminaron por participar activamente de ese respeto. Aceptación por lo menos, que en la comunidad costarricense había una presencia. Una presencia cuyo contenido no estaba al alcance de la mano, pero que alguna importancia había de tener. Fue simbólico el reconocimiento que se le hizo, a poca distancia de su muerte, al entregársele el Premio Nacional de Literatura que se adjudicaba por primera vez. Un jurado de intelectuales, y de altos intelectuales, se elevó sobre las inercias mentales costarricenses, y en ese momento, al honrar se honró a sí mismo.

Sin embargo, Moisés Vincenzi no es un escritor o un filósofo difícil. Su pensamiento es fácilmente accesible para el hombre medianamente cultivado. Y es que en el campo de la filosofía, Vincenzi cultivó con más frecuencia y esmero la ética que la metafísica. Su posición dentro de la ética —más cercana a Aristóteles que a Platón— le señala fundamentalmente como un moralista; el hombre se antepone al filósofo, o le servía de ejemplo. Y cuando el filósofo pensaba, era el hombre Vincenzi el que terminaba por revelarse, con una posición suavemente nostálgica que se empeñaba en que los hombres fueran como el pensador imaginable, instituía o sabía que en una época feliz y remota, lo habían sido. Al filosofar, predicaba en favor de actitudes morales nobles, altruistas y desinteresadas, dentro de una concepción idealista de la fraternidad universal. El era así: Noble, desinteresado y altruista, y por lo tanto se proponía influir para que los hombres siguieran su ejemplo, a sabiendas, —porque lo experimentaba,— de que dentro de su desprendimiento y digna pobreza, el filósofo había encontrado su propia felicidad. No obstante lo cual, cuando llegaba alguno a quebrar la coraza de su soledad, se encontraba con un ser humano que no asumía actitud olímpica o displicente ante sus semejantes, sino que, por el contrario, los comprendía sabiamente y sabía mirarles con un prisma de humor tenue y amargo al mismo tiempo.

Parecida fue su filiación estética, y esto llegó, hay que reconocerlo, a aislarle más. Su amor denodado por los días clásicos le llevó a formular teorías estéticas basadas en los clásicos conceptos —otro acercamiento a Aristóteles—, y a confundir, digámoslo así, la estética descoyuntada, de sus contemporáneos, en un solo haz, de decadencias y quizás hasta que mezquindades artísticas y literarias. Era apolíneo y jamás fue dionisiaco. Lo que no obstó para que, nuevamente, el ser humano se le impusiera al pensador, y fuera Moisés Vincenzi un amable estimulador de los jóvenes, y un comprensivo lector de cuantos se iniciaban en la dura y feliz faena, aún dentro de cánones estéticos que él, en sus escritos, repetidamente repudiaba.

Tengo para mí — y así se lo dije una vez en medio de su más rotunda desaprobación— que su labor más directamente útil y original la cumplió en el campo de la filología. Hay que leer sus pequeños y sencillos tratados sobre esa materia, para apreciar cuánta sabiduría —y mejor: cuánto sentido común— puede encerrarse en pocas páginas. El genio del idioma no tenía enigmas para él, y cuanto dijo sobre la ortografía, sobre la composición, la puntuación y demás temas siempre áridos para el lego y para el que no lo es, lo dijo con amabilidad y donaire, con entero conocimiento de causa, con admirable sentido común, y en más de una venturosa ocasión, expresando puntos de vista y opiniones totalmente personales, alejados con frecuencia de lo que pasa por ortodoxo. Leer cuanto Moisés Vincenzi dijo sobre cosas del lenguaje, es disipar definitivamente las dudas que se tengan sobre los puntos por él tratados.

Es de menor calibre su obra puramente literaria. Su poesía es un anhelo de revivir los temas clásicos dentro de formas clásicas. Amante, por sobre todas las artes, de la escultura, sus sonetos tienen la perfección de viejas estatuas, pero al mismo tiempo un poco de la frialdad de los mármoles. Sus ensayos de novela tienen —dentro de su copiosa obra— carácter de experimentos. Quizás la diferencia que establece

Allardycen Nicol entre lo clásico y lo romántico las define mejor: son clásicas, en cuanto están imbuidas de mayor preocupación por la obra misma que por su tema; por el equilibrio formal que por la vida; por los maestros del pasado que por el hombre. Y en realidad, se encuentra, al leerlas, más recreo en el brillo del lenguaje y la hermosura del estilo, que en la vida que intentan —o quizá no intentan— reflejar.

No hay costarricense de tan extensa bibliografía, lo cual quiere decir que no han existido costarricenses que hayan trabajado más con la herramienta del idioma.

Tal vez, puede pensarse, para trabajar tanto hay que hacerlo en soledad.

Sí. Ha de ser cierta en algún grado tal afirmación. Pero es que los costarricenses trabajamos todos en soledad y ninguno lo hace como él, ni con tan admirable impudor. La mayoría de los autores costarricenses escriben para sí mismos, o para sus estrechos grupos de amigos. Y los amigos, ya se sabe, siempre emiten opinión de que la obra es magnífica, o bien detestable. Y casi todos nos quedamos con esos juicios.

Ha sido figura típica del escritor costarricense la del hombre que, con escasos medios económicos, publica por su cuenta y riesgo (más bien por su riesgo, y cuenta de los impresores); para evitar que la cuenta y el riesgo suban mucho, ha hecho una edición de contados ejemplares; y los distribuye entre aquellos amigos que le hacen la merced de recibirlos, siempre que, como en el viejo chiste, les estampe una dedicatoria en la primera plana, no vaya a creer alguien que los han comprado. Recuerdo que fue ocupación muy divertida de mi juventud, el frecuentar una librería de viejo y construirme una biblioteca de autores costarricenses, sobre la base de ejemplares autografiados por el autor, en honor —ay— de otros autores.

Esta situación ha condicionado por años la soledad del escritor costarricense. Un hombre solo, dentro de una sociedad que le obligaba a moverse solo en todos los momentos y durante todo el proceso largo de la creación, que alcanza hasta el instante en que la obra ve la luz pública. A él tocaba escribir el libro; a él gestionar y pagar su publicación; a él, llevarlo en consignación muy optimista a las librerías; a él, en fin, obsequiar ejemplares a los periodistas amigos, en la búsqueda casi siempre estéril de una gaceta o una referencia.

Dentro de esas limitaciones, produjo Moisés Vincenzi la mayor parte de su obra. Y falleció en el momento en que un esfuerzo colectivo de los escritores y los intelectuales comenzaba a dar frutos, a provocar un acercamiento entre ellos y, lo que es más atingente a esta exposición, a ofrecer a aquéllos que quisieran aprovecharla, la oportunidad, si no de salirse de la soledad que les es condición, sí de convivir de cuando en cuando en una asociación que a todos los comprende y a todos los invita, y de hacerles sentirse parte de un gran movimiento común que logró por fin el estímulo gubernamental a la actividad creadora, mediante la fundación de una editorial que los escritores dirigen, el establecimiento de premios y reconocimientos, y otras señales fecundas de preocupación pública por la vida de las letras y las artes.

El panorama de esa vida en Costa Rica, difiere hoy del que hemos visto por espacio de muchos años. Periódicamente, en el pasado, se formaban tertulias o capillas, fecundas y amigables, pero pasaba el entusiasmo y se envejecían sus miembros, o bien adquirían compromisos familiares y solemnes, y la alegre barra del café se disgregaba. Nuevamente venía la incomunicación. Pero si observamos la historia de nuestras letras, veremos que la existencia de esos grupos ha coincidido siempre con ciertos florecimientos de la actividad creadora. La gran actividad de los fundadores de la literatura costarricense, de Magón, Aquileo, Pío Víquez y otras figuras señeras de fines del siglo anterior e inicios de éste, va unido a una peña de periodistas y poetas de la que alguna vez formó parte transeúnte Rubén Darío. Joaquín Vargas Coto ha sido el cronista impagable de otra generación reunida en el café La Florida, entre 1915 y 1920, que coincide con la aparición en algunos casos, con

el cénit en otros, de un grupo de poetas y escritores tales como el cronista de la tertulia, Rafael Cardona, Paco Soler, Julián Marchena aquí sentado. Y hay aún otro recrudecer de nuestra literatura alrededor de 1930 y más allá, en torno a un grupo que comenzó en los salones de redacción de Diario de Costa Rica y terminó en una ventana exterior del edificio que el periódico ocupaba. Aquí están entre nosotros Abelardo Bonilla, nuevamente Marchena, y José Marín Cañas, protagonistas y proas de ese grupo, quizás el último, cronológicamente, en la historia anecdótica de los que rompían por las noches la soledad del escritor para hacer convivio.

La condición esencial del creador, dije, es la soledad. Soledad para crear. Soledad para rumiar fracasos y acongojarse por los éxitos. Soledad en fin. Pero la identidad de ilusiones, de perspectivas o de intenciones, junta a los que son afines.

Moisés Vincenzi, águila aislada de nuestras letras, falleció en momentos en que parecía cuajar un movimiento en el que todos los escritores, voluntariamente o no, terminamos por vernos comprometidos. Y fue dentro de él que logré conocerle y trabajar una amistad breve en el tiempo, pero resunta en aprecio, respeto y cordialidad. Al través de ella, a causa de ella, me consumí dentro de sus obras, como en un afán tardíamente juvenil de descifrarlas, pues era dicho común que son oscuras. Y me llevé la sorpresa de encontrarlas diáfanas; pero más que esa sorpresa, la revelación, nunca más concreta y precisa, de que en las obras está el hombre. Al través de las suyas, lo que de primero se descubre es al hombre ingenuo y bondadoso que fue Moisés Vincenzi.

De pronto, en los últimos años de su vida, descubrió que las generaciones posteriores se interesaban en él. Había llegado a convencerse de que sus relaciones con ellas eran frías; y tal vez el más vivificante momento de sus últimos días fue aquél en que se convenció del respeto que se le tenía, del consejo que de él se esperaba y se buscaba, y del afecto que por él había en quienes, por una u otra razón, no se habían acercado antes a su alero de hombre bueno y de hombre de pensamiento.

Mientras ejerció su magisterio admirable de profesor, estuvo en contacto con todos; cuando se retiró de él, perdió. Pero logró re-establecerlo, en nuevas condiciones, en sus últimos días. Creo hablar por todos los hombres de mi generación, cuando digo que el nuevo contacto, fugaz y final si se quiere, fue útil y fecundo para nosotros.

Esto habla nuevamente de la necesidad del contacto, del sentido gremial a la manera del medioevo, que debe existir entre nosotros. Y cuando veo que este sentido gremial se comienza a producir, y en forma tal, me parece, que ya no podrá ser destruido, se reafirma mi optimismo en el porvenir de las letras y en el del hombre que las cultiva, como miembro respetado y representativo de la sociedad.

La literatura —producto de la soledad y de los hombres en soledad— tiene algo de creación colectiva, sin embargo; de producto de las generaciones. Así como se habla en España de la generación del 27, y —en términos más amplios y que van más allá de la mera ocupación de las letras— de la generación del 28, en Costa Rica podemos hablar, por ejemplo, de la generación del 28. Algún día habrá de analizarse lo que en ese año de 1928 ocurrió en la Costa Rica de la cultura, cuando de un memorable concurso salieron premiados tres nombres nuevos: José Marín Cañas, Isaac Felipe Azofeifa y Fernando Centeno, cuya labor individual habría de significar, en el decurso de poco o mucho tiempo, una revolución verdadera en las letras costarricenses. A extremo tal, que, después de ese certamen, no se pudo volver a escribir válidamente como se escribía antes; comenzó la desaparición paulatina y lenta de la poesía parnasiana o simplemente modernista a la manera de Lugones (a pesar de que los poetas premiados lo habían sido por poemas de ese corte); el costumbrismo humorístico comenzó a recular con paso firme —dejando una estela gloriosa si ustedes quieren pero a paso firme— y a ceder su lugar a otras formas narrativas que en aquel momento se marcaban. Y allí, en ese año, empezó también una revolución en las artes plásticas, que fue más radical y más rápida que la producción en el ámbito de

las letras. Haciendo primeras o segundas armas, de allí arrancaron Quico Quirós, Paco Amighetti, Manuel de la Cruz González, Max Jiménez, Luisa González de Sáenz y muchos otros. Escritores y artistas plásticos de distintas edades, fijaron en aquel momento precioso de nuestra cultura, una generación cuyo significado debemos comenzar a estudiar ya, cuando todavía el estudio pueden hacerlo en parte los protagonistas. Algo hay de colectivo en ese momento crucial del año 28. Aquel certamen memorable produjo una revolución trascendente.

Más tarde, la efímera iniciativa de una casa editorial norteamericana, produjo un renacer de nuestra novelística en 1940, que se prolongó pocos años y dejó obra y novelistas perdurables, pero que se agotó pronto porque el sentido de generación o de grupo no llegó a darse.

Hay que creer en esos estímulos: en el certamen del 28, en el concurso americano del 40. Por eso, creo en los que hoy está dando el Estado costarricense, y lamento solamente que no se hubiera decidido a darlos muchos años o décadas atrás. Alegrémonos no sólo de que en Costa Rica se estén publicando más libros que nunca, sino también, con alborozo especial, de que tenemos hoy más muchachos entusiasmados por el cultivo de las letras, que jamás hayamos tenido. Todo parece indicar que las letras y las artes de Costa Rica van a dar en los próximos días un gran paso, si no es que lo están dando ya, y veamos el resultado de muchos concursos internacionales recientes. No nos es dable saber si vamos a tener de repente un gran poeta, o un gran novelista o un gran filósofo. Pero hay movimientos; y también dolores, cómo no, de parto.

Moisés Vincenzi contempló los primeros síntomas, y comprendió lo que estaba sucediendo. Fueron de optimismo los últimos meses de su vida. Una semilla, algunas semillas, estaban fructificando. Y cabe que nos preguntemos: ¿Por qué entre esas semillas no iba a estar la suya? ¿Es que una prédica tan infatigable, tan constante como la de Moisés Vincenzi, no iba a dar frutos algún día? ¿Es que la vida de un hombre no es suficiente a producir vidas similares? Es un misterio, pero cuando una figura singular discurre por una sociedad, a poco que corra el tiempo comienzan a verse las que en logo la imitan.

Una vida como la de Vincenzi, entregada totalmente a la cultura, dedicada sin desmayos sólo a enseñar, sólo a escribir, sólo a dar ejemplo, ¿puede acaso ser una vida estéril y sin posteridad? Sus consecuencias no las vemos inmediatamente, pero el ejemplo termina por dar vida. Y eso, sin hablar de su obra. Este florecer que ahora vislumbramos desde aquí, algo ha de tener de fruto de su obra y su vida; de producto de su generosidad y su constante dación. Hombres como él, pensadores como él, maestros como él, siempre tendrán seguidores. Tal vez seguidores silenciosos, que los demás no conocemos, pero que ahí están.

El ejemplo suyo, el que está teniendo seguidores visibles entre las nuevas generaciones, es aquél, limpio y alto, de la entrega total. Los nuevos estímulos, las nuevas oportunidades, un contacto más directo e inmediato con el resto del mundo, son acicatez para esa entrega, es cierto; pero también el ejemplo.

Pienso en ese ejemplo, humildemente, al disponerme a ocupar el asiento que él honró en esta Academia.

Pienso en ese ejemplo, humildemente. Mi padre, donde está; mi madre y mi esposa que aquí están; mis amigos, que los tengo, saben que esa humildad es sincera; que no sé por qué estoy aquí, pero aquí estoy. Generosidades que tiene con uno la vida. Esta, me propongo pagarla tomando a Moisés Vincenzi como ejemplo.